

Orientalismo, de Edward Said

Ana Angélica Olivares García*

Un objetivo declarado de esta investigación es analizar cómo se constituyó el orientalismo como campo intelectual a finales de siglo XVIII, y qué tipo de conocimiento surgió y se transmitió sobre Oriente desde entonces. Said denomina a este fenómeno "orientalismo moderno"; empero, sostiene que el interés por Oriente surge en Europa en 1312 cuando en el Concilio de Viena se estipula impartir las cátedras de estudio del árabe, siríaco, hebreo y griego en las universidades de París, Oxford, Bolonia, Avignon y Salamanca. El naciente campo de vena filológica será un hito debido al descubrimiento y traducción de textos en sánscrito, farsi y árabe. Al tiempo, factores de índole científico-político, como la campaña de Napoleón a Egipto, conformarán el contexto a partir del cual surge Oriente como campo de estudio erudito.

La tesis principal del autor es que la idea de Europa sobre "lo oriental" se conformó a partir de un proceso de expansión imperialista, cuya identidad colectiva perfiló un "nosotros" europeo respecto del "otro" conquistado. Así, Occidente se definió por oposición a Oriente, lo que sirvió para delinear su propia identidad europea e identificar un contrincante cultural a someter. Sin embargo, diremos, junto con Said, que esta diferenciación es el resultado de un artefacto que se insertó en lo real a partir del lenguaje científico, la historiografía, la antropología y la lingüística de ese tiempo para hablar en nombre de lo real. La autoridad de este artefacto científico, en mi opinión, proviene al arrogarse el título de fiel testigo de los acontecimientos de los que se pretende interpretar. Lo "real", en este sentido, también es producido por sociedades de conocimiento que se ofrecen y encargan de representar lo que ha pasado, una realidad histórica. De aquí es de donde el orientalismo fundó su autoridad, al declararse el narrador oficial que hace presente el pasado e interpreta a cabalidad los hechos de Oriente.

Toda autoridad –nos enseñan Nietzsche, Foucault, Benjamin y Gramsci– se articula sobre lo real, se organiza y se hace funcionar, tiene un público al que seduce y

* Licenciada en Ciencia Política y Administración Pública con especialidad en Ciencia Política por la UNAM. Egresada de la licenciatura en Filosofía por la misma institución. Correo electrónico: a.tattvas@gmail.com

le impone las figuras con las que instituye lo real. De forma ágil, bastante documentada y escritura muy amena, Said insiste, siguiendo a estos maestros, en que el orientalismo es un sistema de conocimiento no de Oriente, sino de las ideas que Europa tiene de Oriente.

La clave que Edward Said nos ofrece para introducirnos en el problema es que la relación conocimiento/poder produjo un discurso verídico sobre Oriente, al fundar un campo nuevo de racionalidad que funcionaba sobre una dimensión epistemológica y ontológica que, a su vez, justificaba el control y la autoridad sobre los no europeos. El pensamiento ilustrado positivista que, con una postura de neutralidad analítica y bajo la lógica inductiva, asumía que el orientalismo era una disciplina que construía por sí misma su objeto de estudio. Éste es, quizá, el argumento filosófico a seguir durante el desarrollo del libro, ya que lo que dará forma a los estudios orientalistas de finales del XVIII es el paradigma científico moderno, específicamente en el ámbito de las ciencias naturales, con mayor énfasis en los planteamientos de Linneo. Este orden de ideas permitirá describir y comprender en leyes inmutables y explicaciones totalizadoras el “ser” oriental. Este discurso puesto en lenguaje no se juzgará por su inserción en lo real, sino por lo que puede proporcionar y transformar. De esta manera se consagró una tradición de pensamiento acerca de Oriente, es decir, un sistema de ideas, significaciones y representaciones transmitidas históricamente; no es aventurado pensar que su credibilidad parte de instaurar a nombre de la realidad, lo que supuestamente representa pero este título autorizado disfraza las prácticas que en realidad la determinan.

La propuesta del autor es, entonces, abrir paso a otros modos de aproximación frente a la tendencia dominante de entender Oriente sólo en términos universales, atemporales, de una condición mítica, misteriosa y fantástica porque esta presentación disfraza la praxis que organiza esta re-presentación. Por lo anterior, Said sugiere a los investigadores establecer conexiones entre saber y política en relación con el contexto específico de estudio, del tema y las circunstancias históricas, pues aquello que se estudia no está únicamente en función del juicio erudito, sino del material del que se dispone el investigador. Así también insta a no perseguir lo falso, determinar el error no contribuye a construir verdad. Comprometido con este proyecto, el libro invita al lector a cuestionar las *idées reçues*, es decir, los estereotipos culturales sobre los cuales se ha construido y recreado a Oriente.

Así pues, para este sistema de ideas Said elabora el término “orientalismo”, el cual alude a un conjunto de representaciones de lo propiamente oriental, un modo y una forma de ser producido desde la cultura británica, francesa y estadounidense. Pero no sólo eso —anuncia Said—, ya que para reforzar lo típicamente “oriental”, la hegemonía cultural europea se valió, en ese momento, de un conjunto de prácticas, saberes e instituciones cuyo objetivo consistió en dar un sentido, en administrar,

gobernar y controlar a los individuos de India y del Mediterráneo Oriental. En efecto, la instauración de las colonias europeas en regiones orientales trajo consigo que Oriente se orientalizara, es decir, éste aparece como es para Europa. El aparecer de Oriente ante la mirada europea dotó de realidad y de presencia a uno monolítico, invariable, uniforme, esencialista, no soberano respecto a sí mismo. Este mundo recogido en documentos de cultura, parafraseando a Walter Benjamin, en textos religiosos, estéticos, filológicos, históricos; contribuyó a distinguir y acentuar las dos mitades geográficas que conformaban el escenario internacional: Occidente y su completamente Otro oriental.

Asimismo, esta mirada instauró y posicionó un “afuera” desde el cual se podía observar, juzgar y controlar los territorios colonizados: Oriente era en y para Occidente; por ende, la relación entre el descubridor y su hallazgo consistirá en establecer relaciones e instituciones que le permitan conocer al objeto. Desde este punto de vista, el sujeto se coloca fuera del objeto y lo expresa desde cierto punto de referencia en el que está colocado; lo representa en instituciones políticas y jurídicas, lo describe por medio de sus conquistadores, académicos, artistas, diarios de viaje, novelistas, poetas, que le permiten conocerlo y re-hacerlo. Por ejemplo, aún existe la idea de un orientalismo romántico, de procedencia idealista, que sostiene que Oriente proporciona a Occidente el misterio, la espiritualidad y el exotismo del que carece y que además necesita.

El breve comentario que quiero hacer a la tesis de Said tiene que ver con el modo de operar del orientalismo porque sobre esta apariencia es que después supone que lo que no ha sido verificado como falso ocupa el lugar de lo real. Esto implica, a mi parecer, una doble operación bastante astuta: por una parte, hace posible lo verdadero al demostrar su error y, a la par, hace pasar lo real denunciando lo falso. Así, al demostrar los errores de Oriente, el discurso occidental pasó como real lo que se le oponía. También me interesa destacar que la médula del pensamiento ilustrado no está en Inglaterra, como sugiere e insiste Said, sino en el idealismo alemán de corte postkantiano, que concibe a la humanidad en términos unitarios, el objeto estudiado surge a partir de las interpretaciones del sujeto que lo estudia. Así, entonces, podemos comprender por qué Said afirma que el orientalismo es un discurso que asume dos formas que contribuyen a la caracterización de Oriente indicando su naturaleza o su esencia, a saber: la primera interpretación se basa en la descripción, ya que presenta tal cual es el comportamiento y los pensamientos de los orientales y, como segunda forma, la representación de esas ideas y acciones en clasificaciones científicas. Lo anterior me lleva a entresacar una reflexión de las muchas que ofrece esta obra de Edward Said y tiene que ver con la tesis central de su libro. El orientalismo se apartó de lo que pudieran decir los orientales de sí mismos, de lo que pudieran ofrecer, de sus creencias comunes porque el orientalismo se colocó precisamente en esa diferencia para distinguirse del discurso ordinario e instaurar un discurso que lo acreditara como sapiente.

Bajo esta tesitura, a partir de finales del siglo XVIII surge un Oriente adaptado al imaginario europeo, a los estudios académicos y a las salas de museos que exponían piezas e imágenes de su exotismo. Lo que se buscaba era regenerar a Europa mediante la cura espiritual de Asia y Oriente Medio porque –decían– el materialismo y el mecanicismo obstaculizaban la resurrección de Europa. El proyecto orientalista de los románticos trajo consigo una configuración más de las culturas y las religiones exóticas, por ejemplo, India y Oriente valían no por sí mismas, sino en función de su utilidad. Así pues, para Said, el orientalismo es una empresa colectiva, una relación que se compone de distintos elementos institucionales relacionados entre sí: institutos, academias, autoridades e incluye enunciados científicos, filosóficos y morales que permiten consolidar una red saber/poder, relación que consiste en estructurar y normar, en primera instancia, aquellos elementos que debe tener y captar qué o quién era un oriental.

De acuerdo con la mirada de Said, esta tendencia sigue primando en los estudios actuales sobre Oriente, la transmisión y la reproducción del orientalismo europeo de siglo XIX, es decir, una manera de aprehender a Oriente Próximo y de servir intereses de orden político y económico, ya que existe una conexión inalienable entre saber, tradición y poder imperial. El saber sirve a los intereses de Estado y para ello necesita especialistas en la materia.¹ No obstante, y muy a pesar del autor, un obstáculo para contrarrestar esta tendencia es la pretendida objetividad con la que procede la academia –específicamente de Estados Unidos–, al considerar que todo conocimiento es “verdadero” siempre y cuando sea imparcial. ¿Cómo es posible esto? El buen conocimiento, según esta concepción, es erudito si y solo si no cuestiona cómo surge y se constituye la autoridad y la tradición al interior de su propio campo. Destacar que la autoridad de los textos –y por tanto de sus autores– es un producto histórico que ha formado categorías, cánones del gusto y maneras de valorar, juicios, percepciones, convenciones y métodos surgidos en un periodo histórico determinado. Por tanto, se trata de consensos e interpretaciones que emergieron en un contexto específico y tienen que someterse a crítica porque “Oriente es en tanto que causa primera de lo que expone”² y, agregó, de quien lo expone.

De implacable ojo crítico, con un rigor lúcido, Edward Said nos regala una investigación seria y cuidadosa que se propone hablarnos con claridad del surgimiento y desarrollo de instituciones que han forjado la idea de Oriente y, por ende, de los estereotipos que han perdurado históricamente. Se trata de una lectura imprescindible no sólo por la erudición que condensa en sus tres capítulos, sino por la ejemplar

¹ Edward W. Said, *Orientalismo*, Debate Editorial, Madrid, 2002, p. 119.

² *Ibidem*, pp. 44-45.

manera en la que da tratamiento a un problema político, filosófico y cultural. Said nos ofrece varias estrategias de lectura, entre ellas desmontar la presentación de los sistemas de pensamiento como el orientalismo y desocultar la praxis que lo organiza; quebrantar las ficciones ideológicas sobre las cuales estos sistemas se edifican y mantienen a través del tiempo. En suma, todos los aspectos que conforman el libro hacen de él una lectura actual para los interesados en India, en Oriente, y se consolida como referente para los estudios que cuestionan la racionalidad y la razón cultural de Occidente como única fuente de conocimiento. Muy recomendable para especialistas, pero al mismo tiempo asequible para cualquiera que desee acercarse a estos temas. Le acompaña un gran gesto e intención noble por parte de Said, a saber: propiciar las condiciones de emancipación de las civilizaciones oprimidas. La liberación de toda forma de dominación es la apuesta de Edward Said.

Edward Said, *Orientalismo*, Debate Editorial, Madrid, 2002, 502 pp.